

AL RESCATE DE LAS NOCIONES CRÍTICAS DE JOSÉ DE LA CUADRA¹

Humberto E. Robles

Hacia 1980, en un artículo sobre Pablo Palacio, el suscrito sugería que el proyecto socio-cultural de los miembros del Grupo de Guayaquil, y específicamente el de José de la Cuadra, era fundamentalmente moderno, contestatario, mientras que el de Palacio proponía una visión abierta, inasible: *posmoderna* diríase en la actualidad (Robles, 1980: 143-145). Esos juicios de hace unos cuatro lustros siguen vigentes, si bien, como era de esperar, han asumido otros matices que remiten, por contigüidad, a la perenne dialéctica entre la desintegración y el orden y al debate entre exigencias nacionales frente a la avalancha, aparentemente irreversible, de la hoy así llamada globalización y sus múltiples consecuencias.

De la Cuadra y Palacio señalan pautas para entender desde nuestra ubicación las actitudes críticas que han prevalecido en el Ecuador y allende a lo largo de los últimos setenta años poco más o menos. De la Cuadra se revela constante en su apreciación de una exigencia radical de cambio en la organización social y en la urgencia de efectuar una impostergable sanidad mental colectiva; Palacio, a su vez, en sus creaciones literarias se revela perturbado por las contingencias, enrollado en el torbellino de la crisis de valores que veía a su alrededor: exponiéndolo. Crisis que, por cierto, habría de culminar en la disipación de visiones polares, opuestas, y que apuntaría más y más hacia la plurivalencia, hacia lo relativo y contradictorio; crisis que acabaría por revelarse huérfana de centro, de ideologías, y, en fin, como *posmodernidad*.²

1. Una primera versión de este trabajo, reducida, fue leída en la Universidad Andina Simón Bolívar en ocasión del IX Congreso de Ecuatorianistas, (Quito, julio 21-23, 1999).
2. Tales comentarios nos remiten, en primer lugar, a un pasaje archiconocido de *Vida del aborcado* (1933), la «novela subjetiva» de Palacio:

Aparte de en alguna carta, y poniendo a un lado sus artículos de inspiración filosófica, Palacio en realidad no se manifestó por medio del ensayo acerca de sus nociones críticas; en cambio sí lo hizo en la práctica de su producción narrativa, pormenor que cabría desarrollar en alguna oportunidad futura.³ Más idóneo centrarse aquí —si bien ya lo hice en alguna otra ocasión con otros propósitos— en los planteamientos críticos que propuso De la Cuadra, a fin de rescatar de los mismos, teniendo presente el carácter periférico de la circunstancia ecuatoriana, cualquier posible vigencia y actualidad.

El insigne crítico brasileño Antônio Cândido puntualizaba hace un tanto que su compatriota Mario Vieira de Mello era uno de los pocos intelectuales que había hecho frente a la problemática de la relación entre cultura y subdesarrollo en América Latina. Según Cândido, Vieira de Mello identificaba en los años 30 una alteración de perspectiva, pues hasta más o menos esa época:

[Soy un proletario pequeño-burgués ... un producto de las oscuras contradicciones capitalistas que está en la mitad de los mundos antiguo y nuevo, en esa suspensión del alienato, en ese vacío que hay entre lo estable y el desbarajuste de lo mismo. Tú también estás ahí, pero tienes un gran miedo de confesarlo porque uno de estos días deberás dar el salto y no sabes si vas a caer de éste o del otro lado del remolino. Mas aquí mismo estás enseñando las orejas, amigo mío, tú, enemigo del burgués, que ignoras el lado donde vas a caer después del salto. Pero ya me lo aclaras todo: Estoy viviendo la transición del mundo. Aquí delante de mí está la volcadura de campana, del otro lado de la justicia, y aquí mismo, dentro de mí, están todos los siglos congelados, envejecidos y grávidos. Yo tengo un amor en estos siglos; yo tengo un amor en esta volcadura. (Palacio, 120-21).

A su vez, y en términos de expresión narrativa, nuestros comentarios encuentran paralelo también en la desintegración de la forma que caracteriza la susodicha obra de Palacio: el cíclico recomenzar, el deshacerse y rehacerse que es *Vida del ahorcado*. Por último, en un libro reciente, y desde la perspectiva de la metrópoli, hallamos el siguiente comentario: «Modernity comes to an end, as Jameson observes, when it loses antonym. The possibility of another social order was an essential horizon of modernism. ... Since the seventies, ... Combative, collective movements of innovation have become steadily fewer ... For the universe of the postmodern is not one of delimitation, but intermixture —celebrating the cross-over, the hybrid, the pot-pourri. In this climate the manifesto has become outdated» (P. Anderson, 92-93).

Palacio se filiaría más justamente al último aspecto de la cita: a la disolución de opuestos, al desajuste que yace implícita en la hibridez, en la crisis de valores. De la Cuadra, en cambio, se identificaría más bien con la primera parte de lo dicho por Perry Anderson, en cuanto su obra creativa y crítica es contestataria y apunta a la búsqueda de un nuevo orden social. Así, mientras Palacio tiene hoy amplia y merecida vigencia por su «proto-posmodernidad», De la Cuadra la tiene igual, en el contexto ecuatoriano, por lo que su obra alega frente a un orden social que en el momento actual sigue aún en vigencia. Todo lo cual permite decir que, si bien aquí nos interesa De la Cuadra, en el orden literario y social ecuatoriano se imbrican y disputan el poder —sea económico, social o cultural— como se podría esperar, varios discursos a la vez.

3. Contrario a lo que se podría suponer, y no obstante la proliferación de estudios sobre Palacio, y ya empiezan a abultar, no se ha realizado en un sentido lato y concienzudo ese estudio.

predominaba entre nosotros la noción de 'país nuevo', que todavía no había podido realizarse, pero que se atribuía a sí mismo grandes posibilidades de progreso futuro. Sin haber habido cambio esencial en la distancia que nos aleja de los países ricos, lo que predomina ahora es la noción de 'país subdesarrollado'. Según la primera perspectiva se ponía de relieve la pujanza virtual y, por lo tanto, la grandeza aún no realizada. Desde el punto de vista de la segunda, se subraya la pobreza actual, la atrofia; lo que falta y no lo que abunda (Cándido, 299).

De 1963 son las observaciones de Vieira de Mello que glosa Cándido y que éste halla, aunque no del todo acertadas, sí lo suficientemente válidas para entender varios aspectos fundamentales de la creación literaria no solo en Brasil, sino en toda América Latina. Se sigue, por analogía, que esos juicios de años resultan justos todavía, y persuaden, especialmente a la luz de una sociedad pluricultural como la ecuatoriana que en estos últimos tiempos ha visto recalcada hasta el envilecimiento su condición de subdesarrollada. Esos juicios permiten, de rebote, ubicar a De la Cuadra dentro de una filiación y tradición crítica latinoamericana; y, también sirven para poner en perspectiva y actualidad las acotaciones que el guayaquileño formuló en 1936 sobre el libro *Del agro ecuatoriano* que acababa de publicar Pío Jaramillo Alvarado:

Su libro [el de Pío Jaramillo] a que me refiero es, antes que nada, una leal exposición de la verdad del medio natural del Ecuador, tan inflado de fábula, tan país de Alicia, y que, por debajo de sus pomposas apariencias, oculta una incurable lacería. Jaramillo Alvarado procura cortar las alas a nuestra fantasía, que es quizás lo único rico y exuberante de veras que tenemos en el patrimonio. Yo estoy de acuerdo con esta operación de cirugía, con esta campaña de sanidad mental colectiva. Hasta he sostenido la necesidad de desterrar aquellas ilusiones populares (más graves si las comparten los estadistas) acerca de nuestra presunta riqueza que tantos daños nos han venido causando desde los oscuros días de la Patria Boba. ... No puedo olvidar que yo aprendí a pensar creyendo en la verdad incontestable de una heredad nacional capaz de alimentar hasta la hartura a toda la población de América (De la Cuadra, 1968: 979-980).

De presuntas riquezas se pasa a incurables lacerías; de un país inflado de fábula a la necesidad de desterrar ilusiones populares; de «país nuevo» a «país subdesarrollado».

Lo significativo de la referencia a Vieira de Mello y a Cándido no radica en ratificar los juicios de éste o aquél, ni tampoco proyectar a De la Cuadra en el papel de adelantado, o algo por el estilo, sino en rescatar el hecho de que en el Ecuador ha existido una tradición crítica que al menos desde los años 30 ha venido insistiendo también en nuestra condición de país pobre y atrasado frente a una visión de país de Alicia; que ha venido insistiendo, en suma, en la urgencia de agenciar una sanidad mental colectiva que exponga las genuinas

circunstancias del país. La vigencia de esos juicios en el Ecuador actual no podría ser más contundente, ni menos ilustrativa.

Ahora bien, quien se fije en la ruta intelectual que prosiguió De la Cuadra observará que el año 1933 es un lapso clave para precisar sus nociones críticas; y, deducirá de ello asimismo que en la obra de aquél la teoría siempre marcha a la zaga de la práctica literaria. Por eso mismo, los presupuestos críticos del autor guayaquileño resultan doblemente significativos.

Aparte de la premisa sobre la necesidad de sanidad mental colectiva que rige su obra, De la Cuadra propuso otros apartados críticos que lo colocan en onda con pensamientos y tendencias actuales, sugiriendo así que el repaso de nuestra tradición crítica ayuda a mejor entender y aclarar no solo las problemáticas y enfrentamientos del pasado, sino también, por continuidad y contigüidad, las luchas y circunstancias contemporáneas: la búsqueda de un orden más equitativo. No es para comentar sobre todos esos apartados, mas sí al menos identificar o sintetizar la mayoría de asuntos que le interesaron. Figuran entre ellos: 1) el concepto de tendencia y de lo tendencioso en literatura; 2) el debate entre arte por el arte y literatura de contenido; 3) la relación oralidad/escritura; 4) la disputa terrigenismo/universalismo; 5) la urgencia de llevar a cabo una revisión histórica; 6) la heterogeneidad de los componentes étnicos, regionales, de hablas, discursos y clases sociales que configuran el país; 7) la conveniencia de la preparación intelectual del escritor y del crítico; 8) el interés por la biografía y por la forma biográfica para definir y fundar un imaginario social (tema que dicho sea de paso está en plena vigencia hoy y que ha merecido la atención de lectores inteligentes, examinando estos el asunto primordialmente en la producción del siglo XIX); 9) la idea de que un escritor es uno y varios a la vez, y de que, por esa vía, una obra sufre metamorfosis, pero que en el fondo el espíritu de la misma se mantiene firme. Así, lo que cambia son las maneras de expresarse al igual que los receptores y sus gustos.

Se dirá, con no poca razón, que más de uno de los apartados aducidos no representa un hallazgo ni mucho menos, y que algunos de esos planteamientos cuentan con una larga tradición en la historia de la crítica, específicamente en la de nuestro continente, al menos resulta así al rescatar y hacer memoria de los escritos de, e.g., Fernández de Lizardi, Bello, Lastarria, Gutiérrez, Romero, Martí, Darío y Rodó, para solo resaltar nombres reconocibles. Con no poca razón, dije, mas habría que precisar que en el temario referido hay puntos que han cobrado prestigio solo después de que los hemos recogido de solventes y prestigiosos críticos importados —los nombres de Lukacs y Gramsci vienen al caso— pero que De la Cuadra estaba divulgando antes de o coetáneamente con aquellos. Pienso aquí, en particular, en la idea de tendencia y lo tendencioso a la que Lukacs le dio un amplio empuje. También en la función del intelectual dentro de las coordenadas que determinan una cul-

tura y vida nacional de que hablaba Gramsci. Sea como fuere, el hecho es de que muchas de las ideas aducidas estaban en el aire a principios de los años 30, constituían un paradigma en el pensamiento izquierdista de ese entonces. Así, ¿cómo olvidar al respecto el magisterio de Mariátegui y de *Amauta* y lo mucho que seguramente influyeron en el Ecuador? De cualquier manera, lo cierto es que De la Cuadra meditó y compartió nociones que lo colocaban en la encrucijada de un pensamiento inmediato y global. Encrucijada que aún persiste y se ahonda, que continúa anclada en lo económico y el retraso, y que en buena parte determina, o al menos reclama, la necesidad de ver dónde nos ubicamos frente a la misma. En el fondo, la cuestión radica en ¿cómo leer y aprender?, ¿en cómo expresarnos, y desde qué ubicación y perspectiva?, ¿y con qué caudal crítico proceder?

En todo caso, recapacitar hoy sobre esas nociones es pensar con Roberto Schwarz hasta qué punto vivimos y hemos vivido sometidos a la imitación de ideas fuera de lugar, ajenos y exiliados frente a nuestro propio pensamiento crítico, indiferentemente de si el mismo resulta un modelo o una imitación, con el resultado de una evidente falta de continuidad intelectual (Schwarz, 1-2). Quizás nuestra inevitable condición, al menos por ahora, sea el vivir de prestado, empobrecidos por nuestra propia falta de auténticas convicciones. Lo que de todo lo anterior preocupa es que se le confiera asunto al prestigio de lo importado y no se reconozca aunque sea la adaptación y divulgación de ideas por parte de los naturales; que no se reconozca, en fin, la presencia de una tradición crítica. Las etiquetas de allende nos encandilan. Confundimos el hielo con el diamante, y debido a ello siempre nos dejamos seducir —sin verdadero sentido analítico y sin reconocimiento de nuestra propia idiosincrasia— por el último sendero crítico de moda. Así, parece que no conseguimos trascender nuestra condición de sujetos coloniales o neocoloniales. Y que conste que no estamos proponiendo el cerrarnos a ideas que vienen de afuera. ¡Muy al contrario!

Por lo dicho, a estas alturas, a caballo entre el fin de un siglo y los albores de un nuevo milenio, vale comentar sobre dos o tres motivos de vigencia actual que De la Cuadra expresó en escritos de 1933-1937. Ellos serían: 1) la presencia de un referente —en el más amplio e inclusivo sentido de esta palabra— exigiendo formas apropiadas de expresión; 2) la importancia del mapa en la determinación de una identidad nacional; y, 3) las perspectivas críticas sobre las implicaciones de encuentros y desencuentros, sobre la colisión de grupos e intereses, de ideologías.

De la Cuadra tenía plena conciencia de la tradición poética y de géneros literarios de Occidente. No es difícil rastrear en su obra, e.g., la rancia importancia del concepto de unidad en la obra artística. Dentro de esa misma línea se agrupan sus nociones sobre la factura del cuento y de la novela, especialmente sobre aquél.

Pero fue precisamente porque recapacitó sobre esa tradición que no pudo menos de pensar en que la realidad que constituía su circunstancia no siempre podía expresarse siguiendo patrones prestados. De la Cuadra buscó formas y un lenguaje apropiados que modularan una realidad inmediata. Recuérdese que la edición madrileña de *Los Sangurimas* se subtitó *novela montuvia ecuatoriana*, y que la versión guayaquileña solo omitió lo de «ecuatoriana». Asimismo, a «La Tigra», no sabiendo cómo denominarla, la identificó como una «novelina». Por otro lado, más de una de sus narraciones cortas lleva un subtítulo que reconoce o bien el referente o bien el tipo de público a quien iba destinado el relato en cuestión.

Ese referente fue el que le interesó a De la Cuadra. Los montuvios, mayormente analfabetos, carecían de una tradición novelística letrada. Así, aun hoy no refieren sus sucedidos teniendo en cuenta principios clásicos de unidad. Su inventiva tiende a lo aditivo, a lo formulaico, a la oralidad. Los montuvios que De la Cuadra interpretaba no siempre constituían su mundo en términos de causas y efectos ciudadanos, sino que a menudo apelaban al milagro, al mito, a lo mágico para explicarlo. En otras palabras, en vez de copiar modelos narrativos elitistas e importados, lo clave para el intelectual De la Cuadra radicaba en identificar formas, saneadas de cualquier exotismo, que expresaran las cualidades únicas de la población montuvia, su condición de ente rural y vejado y, ¿por qué no?, su primitiva manera de ver y entender el mundo. En *El montuvio ecuatoriano* resumió el asunto así:

En la narrativa es donde la impulsión artística del montuvio alcanza expresiones insignes. Su innata tendencia mítica ... halla aquí cauce amplio... En las ... noches tropicales... cuentan las 'penaciones' y los 'ejemplos'. Poe no habría desdeñado aprovechar los argumentos de las unas; y, Vorágine habría aplicado los otros a algunos de los santos de su Leyenda Dorada. Las hazañas ... son referidas en tono heroico complicadas de múltiples episodios y salpicadas de preciosas descripciones... La fabricación de héroes es ... constante ... las figuras históricas ... no se mantienen en sus líneas reales, sino que han trascendido a un plano nebuloso ... que puede compararse —en ubicación— a la de los semidioses de la mitología clásica (De la Cuadra, 1958: 884-885, 887).

Es en el referente, digámoslo así, donde se sitúa la presencia de lo maravilloso, de lo extraordinario. No es por demás recordar aquí e identificar a De la Cuadra con lo que dirían sobre el asunto reconocidas figuras de nuestra tradición como Carpentier, Uslar Pietri y García Márquez, entre otros. La vigencia conceptual del guayaquileño nos parece incuestionable (Cf. De la Cuadra, 1956, «El caballero Pigafetta», 925-930). También resulta clara su filiación con una corriente narrativa latinoamericana que, dueña de un evidente refina-

miento expresivo, apunta a la «desmitificación de la realidad americana», según el decir de Cándido (114).

Parte esencial del arriba aludido referente es el mapa literal y metafórico que constituye una nación. Sobre este particular también opinó De la Cuadra, insistiendo en que la creación simbólica de una comunidad se funda en el mapa, en la imagen alegórica del mismo que, con toda su carga e implicaciones ideológicas, se forja para sí una colectividad. Ya es proverbial hablar hoy de *Imagined Communities*, el libro de Benedict Anderson sobre el tema. Me repito al decir que De la Cuadra también hizo frente al asunto, puntualizando, entre otros, al menos los siguientes apartados: 1) la importancia y responsabilidad de las instituciones escolares en la configuración de una nación; 2) el hecho de que toda heredad nacional halla ratificación en la geografía; 3) que las circunstancias históricas, en cuanto a linderos y mapas se refiere, contribuyen a la afirmación o desorientación de una nacionalidad; 4) que en el trasfondo de la geografía se hallaba un grupo de extranjeros aprovechándose parásitamente del subsuelo patrio; y que, junto a esos extranjeros, se daba el no menos oportunista y pernicioso síndrome del «tránsfuga», de los «regresados», que solo se reintegran a la presunta incomodidad cultural del país cuando han agotado la fortuna que sacaron del suelo patrio y que, en primer lugar, les permitió fingirse europeos. Todos esos presupuestos críticos que propuso De la Cuadra no exigen mayor comentario que el de puntualizar su actualidad (Cf. De la Cuadra, 1996: xix-xvi).

No obstante, vale recoger de la última premisa las nociones sobre extranjeros y tránsfugas en cuanto remiten a la idea de encuentros y desencuentros, a la idea de múltiples frentes culturales en coincidencia no solo dentro de los confines de un mismo tiempo y espacio, sino, además, dentro de las fronteras del mismo Estado-nación. De la Cuadra no lo planteó enteramente en esos términos, prefiriendo más bien resaltar el fundamento económico. Sí tuvo conciencia plena, sin embargo, de que las colisiones y los híbridos consecuentes estaban en el fondo de las circunstancias sociales y económicas que veía en gestación y que hoy se discuten y denominan con otra nomenclatura.⁴ Cir-

4. Abundan los términos y taxonomías con que estos días se pronuncia la crítica de allende, y hasta la más inmediata, sobre lo latinoamericano: *el Otro, hegemónico, subalterno, periferia, metrópoli, colonial, poscolonial, transculturación, globalización, colisión, fronteras*. Y tampoco faltan, incluso en este artículo, voces como *referente, posmoderno, multicultural, encuentros y desencuentros, híbrido*, etc.: repertorio de vocablos que en un buen número de los casos resulta casi imposibles de evadir. La popularidad de los susodichos vocablos, y la facilidad con que se los emplea resulta alarmante, por no decir culturalmente amenazante, en tanto, y a menudo sin un verdadero sentido crítico, nos dejamos definir u optamos por definirnos con nomenclaturas que no solo no precisan nuestra circunstancia, sino que incluso la tergiversan y la circunscriben, obedeciendo a puntos de mira de otras latitudes que no siempre nos corresponden. Todo ello exige atención, y exige en-

cunstancia que de manera abundante se la enfoca estos días desde una perspectiva cultural, casi sorteando eso de la lucha de clases. Esencial es este juicio:

las clases sociales ... no viven aisladas. Constantemente se interfieren; y, estas situaciones influyen ... trasladando su influencia, por repercusión, desde las que llamaríamos 'zonas de contacto' a las que llamaríamos 'zonas de macidez', es decir, a aquellas donde —por condiciones eventuales o permanentes...—, el espíritu de la clase social soporta instantes de transitoria inanidad o se manifiesta con desviaciones y contradicciones de ideología... Por elemental recurso estratégico, en las «zonas de contacto» accionan las brigadas de choques de las clases sociales en lucha; y, es obvio que esté en ellas el espíritu clasista, adoptando sus posiciones extremas. Una influencia de la una en la otra ... sería imposible: la influencia se opera, pues, por repercusión, sobre las zonas de macidez. Ahora bien, la clase social que siente la influencia no la deja prosperar libre y arbitrariamente: por lo contrario, la enruta de manera que sirva a sus propios intereses en perjuicio de los de la clase social que es sujeto activo de la influencia. Así se explica, por ejemplo, el mecanismo de la aparición en el arte burgués de fórmulas pseudorrevolucionarias, como la literatura ... futurista, el arte general vanguardista, etc. (De la Cuadra 1986: 51, 54).⁵

Por demás recalcar que esos encuentros y desencuentros, que esas interferencias y deducida hibridez, que esas zonas fronterizas (piénsese *zonas de macidez*), al igual que la presencia de ideas fuera de lugar y su consecuente repercusión son parte de la cultura nuestra, que nos distingue, y que se halla en el meollo de los estudios culturales que se remiten a lo latinoamericano. Pienso aquí en nombres como los de Schwarz y García Canclini, de cosecha sudamericana; y, también, en los de otras latitudes que nos remiten a otras perspecti-

tender que en el fondo yacen relaciones y luchas de poder y de clases. Por ello mismo, y a riesgo de que se juzgue simplista el presente comentario, la cita de De la Cuadra que sigue a continuación en el cuerpo de nuestro texto nos parece ilustrativa de esa lucha, sin tener que recurrir para ello a un léxico que se vuelve cada día más transparente, que pierda su solidez, y que, a la larga, hurta a la circunstancia latinoamericana de autonomía, identidad y autenticidad, que la pone al servicio de ajenos intereses.

5. Si bien del texto se deduce lo suficiente las implicaciones que el autor otorgó a la categoría *zonas de macidez*, la expresión exige, no obstante, mayor explicación. El último vocablo es particularmente intrigante. Descartada la posibilidad de que se trate de la palabra *macidez*, en cuyo caso se trataría de una errata, persuade más que *macidez* sea un neologismo acuñado por el autor, probablemente inspirado por la voz *macizar* (rellenar lo que estaba hueco), consciente De la Cuadra, seguramente, de que el término *macidez* (calidad de macizo) no cumplía con el propósito de la noción que exponía. Por otro lado, téngase presente el significado de la palabra *masa* (mezcla, conjunto de partes que forman un todo), al cual también remite el presunto neologismo. Y no se olvide, por último, que De la Cuadra no fue ajeno a los neologismos.

vas y ubicaciones, pero que no entonan nuestra circunstancia, ni pueden ni tienen por qué hacerlo, por muy valiosos que resulten sus aportes en sus respectivos horizontes culturales: así, e.g., Said Bhabha, Ashcroft y Cía. Mucho hay que aprender de los dos primeros, especialmente de Schwarz. Respecto a los últimos, guárdese en mente aquel legendario y metafórico mapa del año 35, ejecutado por el gran pintor uruguayo Joaquín Torres García, que invertía la manera de ver nuestro continente, colocando el polo Sur arriba y el del Norte abajo, el Este a la izquierda, etc., proponiendo por medio de esa reubicación que ya era hora de empezar a vernos con otra cartografía. En fin, ya es hora de leer el Sur desde el Sur y de hablar del Sur desde el Sur, sin olvidar, enténdaselo bien, lo positivo que podría venir de allende. Lo cual es una manera de insistir, pues, en la importancia de no caer en la misma ceguera de aquel aldeano de que habló Martí en su seminal «Nuestra América», y sobre quien nos advirtió, sin escatimar consecuencias, lo siguiente:

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal de que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra. (Martí, 26).

En conclusión, es del caso reiterar algo bien sabido, pero quizás no lo suficientemente recalcado: que los años 30 fueron fundamentales para entender nuestra tradición y, más aún, para entender lo que somos, fuimos, y nos proponemos ser. Las nociones críticas de José de la Cuadra y su posible vigencia deberían de hacernos recapacitar al menos sobre las relaciones de poder entre dominantes y dominados, sobre la función del intelectual como portavoz del alegato de una conciencia y proyecto nacionales, y, también, sobre la historiografía crítica ecuatoriana en el contexto latinoamericano actual, especialmente si se reconoce que un buen número de los asuntos que hoy conciernen y diagnostican lo latinoamericano —desde el regionalismo hasta los trasplantes migratorios; desde la heterogeneidad y la pluralidad de etnias y de lenguas hasta el tránsito y expatriado; desde los privilegiados hasta los marginados, cada cual con sus respectivas y diversas maneras de leer la historia; desde la fábula y la fantasía utópica sobre la heredad nacional, hasta la necesidad de sanidad mental colectiva; desde las zonas de contacto, hasta los encuentros y desencuentros— ya estaban en embrión o en gestación en los planteamientos y proyectos socio-culturales de ese entonces. Analizarlos, entenderlos y rescatarlos

ahora es ponerlos en perspectiva con ánimo de efectuar una mayor comprensión de nuestra circunstancia contemporánea, de nuestra encrucijada presente. Planteamientos y proyectos evidentes, por demás está insistir, en los más logrados de los esfuerzos críticos y literarios de los años 30. De la Cuadra ilustra a plenitud el paradigma que distingue a su generación. Su obra crítica sigue vigente, asume o debería de asumir atributos de magisterio para sus compatriotas de hoy: por esa vía, quizás, y sin desechar cualquier posible herramienta al alcance, se empezará a elaborar un porvenir más apto para nuestra colectividad.

TRABAJOS CITADOS

- Anderson, Benedict. *Imagined Communities* [1983]. New York: Verso, 1992.
- Anderson, Perry. *The Origins of Postmodernity*. New York: Verso, 1998.
- Berman, Marshall. *All That Is Solid Melts into Air. The Experience of Modernity* [1982]. New York: Penguin, 1988.
- Cándido, Antônio. «Literatura y subdesarrollo», *Crítica radical*. Selección, cronología, bibliografía, traducción y notas de Mária Russotto. Prólogo de Agustín Martínez. Caracas: BA, 1991.
- De la Cuadra, José. *Obras completas*. Prólogo de Alfredo Pareja Diezcanseco. Recopilación, ordenación y notas de Jorge Enrique Adoum. Quito: CCE, 1958.
- «El arte ecuatoriano del futuro inmediato», *El Telégrafo*, Guayaquil, abril 30, mayo 14, mayo 28. Reproducido por Alejandro Guerra Cáceres en *Crónica del Río*, No. 1, Guayaquil, 1986: 50-55.
- *El montuvio ecuatoriano. (Ensayo de presentación)*. Ed. crítica, introducción y notas de Humberto E. Robles. Quito: Libresa/UASM, 1996.
- Gramsci, Antonio. *Cultura y literatura*. Trad. selección y prólogo de Jordi Solé-Tura. Barcelona: Península, 1967.
- Lukacs, Gyorgy. «¿Tendencia o partidismo?», *Sociología de la literatura*. Trad. Michael Faber-Kaiser. Barcelona: Península, 1966.
- Palacio, Pablo. *Obras completas*. Prólogo de Alejandro Carrión. Quito: CCE, 1964.
- Robles, Humberto E. *Testimonio y tendencia mítica en la obra de José de la Cuadra*. Quito: CCE, 1976.
- «Pablo Palacio: el anhelo insatisfecho», *Caravelle*, No. 34, 1980.
- Schwarz, Roberto. *Misplaced Ideas*. Introd. y ed. de John Gledson. New York: Verso, 1992.